

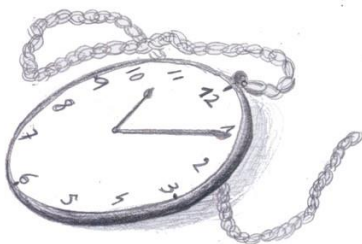


## ◆ El señor X ◆

**E**n Zeta todos se levantan a las seis en punto. Desayunan café negro (sin galletas que lo acompañen) y se visten de traje y corbata, incluso para lavarse los dientes.

Los habitantes de esta ciudad son gente formal: nunca cometen errores, siempre hablan bajito y no les gustan los chistes ni las risas estridentes.

Los niños de Zeta no saltan a la cuerda ni persiguen lagartijas. Prefieren sentarse con las manos sobre las rodillas y pensar en cosas, casi siempre aburridas.



Por supuesto, no está permitido gritar ni silbar, ni mucho menos cantar.

Los colores en este lugar hieren los ojos como si fueran arena de playa.



**P**or eso, la llegada del señor X a la ciudad supuso un escándalo. No se hablaba de otra cosa.

No estaban preparados para algo así.



**C**uando atravesó la calle principal, todos miraron al señor X con la nariz arrugada y la boca abierta.

Las viejitas se apartaron dando un salto, los señores murmuraron y las madres taparon los ojos a sus hijos.





**E**l señor X lee poesía; En casa del señor X se escucha música; El señor X baila claqué; en Zeta no se hablaba de otra cosa. El señor X... no es como nosotros.

Los niños lo miraban entusiasmados.



**S**in embargo, los que no eran tan niños le tenían miedo, no comprendían sus colores, sus carreras calle abajo cometa en mano, sus canciones de media tarde a la hora del té.

Su presencia en la ciudad causaba una gran inquietud.

**U**n día, el señor X invitó a todos los niños a volar en el globo que él mismo había construido.

Aceptaron encantados. Se pusieron el gorro y la bufanda y salieron sigilosamente de sus casas.

Sobrevolaron la ciudad y pasaron frente a la ventana del carpintero, al lado de los gemelos del octavo B y por encima de la señora del sombrero ridículo.

Sus risas se escuchaban desde todos los rincones.

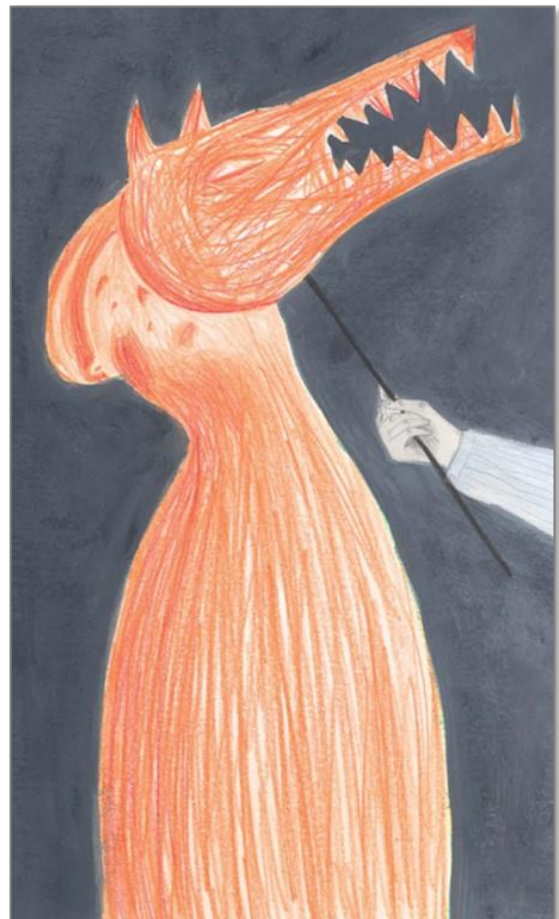
**E**sto enfureció terriblemente a los habitantes de Zeta, que se llevaron las manos a la cabeza, patalearon, pusieron los ojos en blanco y caminaron de izquierda a derecha y vuelta a empezar.

La situación era inaceptable.

El señor X era un ser peligroso.

Por el bien de todos, y con la aprobación del alcalde, la ministra de Buenas Maneras y el panadero, decidieron deshacerse de él.

Lo metieron en una jaula fabricada para la ocasión, la jaula en un baúl y el baúl en el lugar más lejano y oscuro que encontraron.







**T**odo ha vuelto a la normalidad.

Los despertadores suenan a las seis en punto, no hay galletas que acompañen el café, y el traje y la corbata se llevan incluso para lavarse los dientes.

Ni en las calles, ni en las casas, ni siquiera en la parada del autobús se habla ya del señor X. El problema ha desaparecido y todos lo han olvidado.



**N**o, todos no.

Los niños de Zeta ya no se sientan con las manos sobre las rodillas ni piensan en cosas aburridas.

Por las tardes se reúnen en secreto y recuerdan el día que sobrevolaron la ciudad en aquel globo.

Y entonces les invaden las ganas de inventar historias, de bailar como locos y de correr calle abajo, cometa en mano.



Iratxe López de Munáin  
*El señor X*  
Madrid: Narval, 2011